



# Hoja Dominical

## Cuando el amor resucita, todo puede empezar de nuevo

**E**ra de noche. Así comenzaba todo en el principio, cuando el mundo dormía en tinieblas. Así lo buscaba María Magdalena, como en el Cantar de los Cantares:

“Por la noche buscaba al amor de mi alma; lo busqué y no lo encontré”.

Y gritaba:

“Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto”.

Así lo buscaba, “en la noche oscura, con ansias en amores inflamada”.

Pero en el sepulcro no encontró vendas, sino lienzos; es decir, sábanas de boda, porque en la Resurrección el sepulcro se convierte en el lecho nupcial, en el lugar donde “de bodas se anuncia alegría”. Todo estaba preparado para una unión íntima, para un desposorio eterno. Así lo encontró la Magdalena: en una promesa de boda.

Llegar al sepulcro es volver al principio de la historia, donde Dios nos declara su amor y nos pregunta:

¿Quieres ser tú? ¿Quieres ser para mí?

Es volver a la alianza de amor eterno donde Él será nuestro y nosotros suyos; es el amor de la zarza ardiendo que no se consume.

En la Resurrección, Jesús vivo se compromete fielmente a seguir amándonos con el amor extremo del Jueves Santo, con el amor radical de la cruz, con el desposorio eterno, donde el Resucitado nos llama por nuestro nombre, como a la Magdalena, para hacer nuevas todas las cosas.

Y después de la noche, gritó la Magdalena:

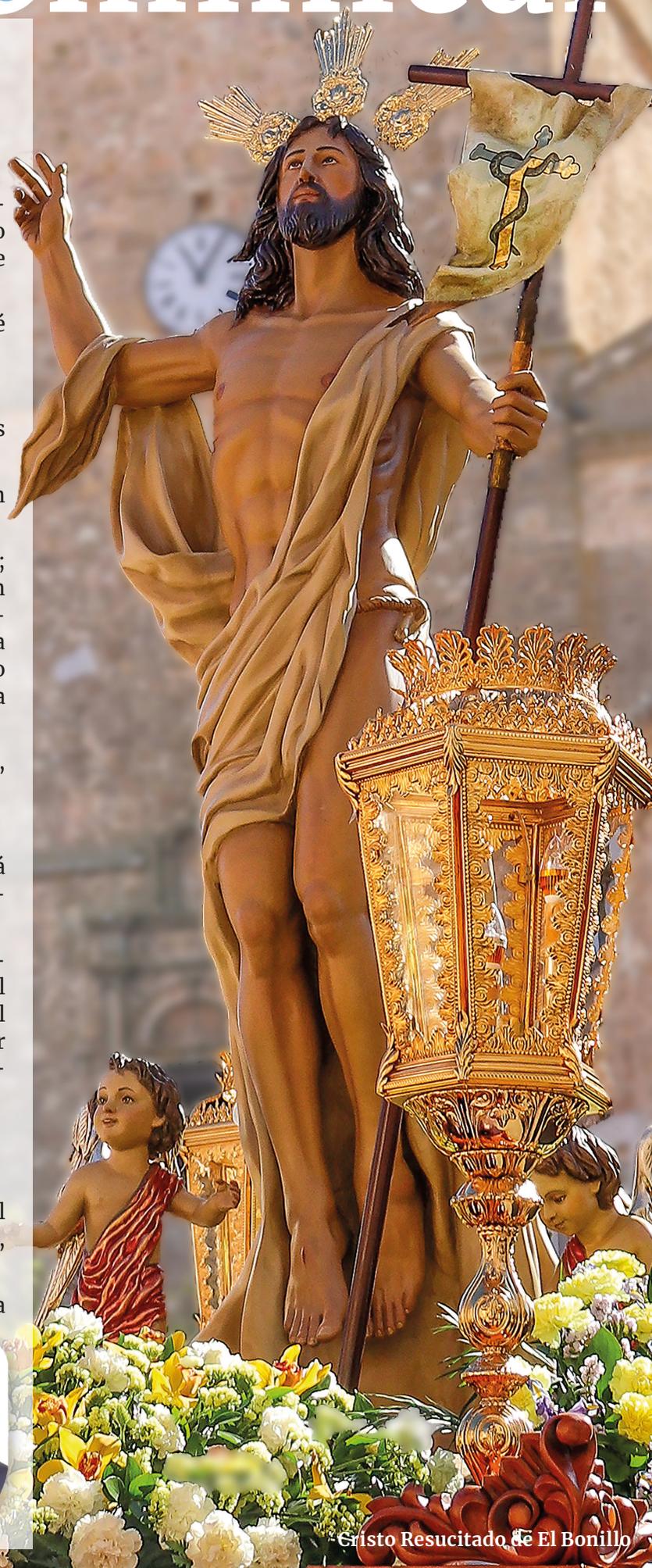
“¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!”

Y se convirtió en testigo. Nos hizo entender que el amor es la fuerza que levanta, la que mueve el mundo, el verdadero poder, el arma que a todas desarma.

Pero para que todo se cumpla, tenemos que quitar la losa del sepulcro y, ante su propuesta de boda, decir el “sí quiero” que abre la puerta al amor transformador de Dios, a la continuidad de esta historia de salvación inacabada... que espera tu respuesta.



Juan Molina  
Párroco de El Bonillo



# Presentación del retrato de Mons. Ángel Fernández, obispo emérito de Albacete

**E**n un acto lleno de emoción y significado, la diócesis de Albacete ha rendido homenaje a Mons. Ángel Fernández Collado, obispo emérito, con la presentación oficial de su retrato, una obra realizada por la reconocida pintora cordobesa María José Ruiz López.

El evento, celebrado en el marco del 75º aniversario de la creación de la Diócesis, reunió en el Salón de Actos del Obispado a fieles y miembros del clero y de los medios de comunicación, para agradecer la entrega y el servicio de don Ángel, sexto obispo de esta Iglesia local, cuyo paso por Albacete ha dejado una huella en tantos corazones y en tantas realidades de nuestra Diócesis.

Durante la presentación, el Administrador Diocesano, Julián Ros, destacó la calidad artística y expresiva del retrato, que no solo capta los rasgos físicos de Mons. Fernández Collado, sino que refleja también su alma y la misión pastoral que desempeñó con cercanía, serenidad y fidelidad al Evangelio.

“La memoria no es una simple mirada al pasado, sino un acto espiritual. Conservarla es un acto de justicia y de fe”, manifestó Ros, subrayando que el retrato no solo pretende recordar, sino también inspirar el presente y el futuro de la Diócesis con esperanza.

La obra de María José Ruiz fue calificada por Ros como un verdadero testimonio, una expresión de belleza que remite a la Belleza con mayúscula: Dios



mismo, que actúa en la historia a través de personas concretas. Su retrato se incorpora a la sala de reuniones del Obispado junto a los cuadros de los obispos anteriores.

El acto concluyó con palabras de agradecimiento del Administrador tanto a Mons. Ángel Fernández Collado, por su vida y ministerio, que ahora continúa en el silencio fecundo de la oración, como a la artista, por haber sabido reflejar con delicadeza el alma del pastor que forma ya parte de la historia de la Iglesia en Albacete.



Cuando marcas la 'X' de la Iglesia en tu declaración de la renta, tu ayuda llega más cerca de lo que piensas.

LÍNEA 105 XTANTOS



## ¿Quieres conocer la labor social y espiritual de nuestra Iglesia Diocesana?

- 1 Entra en la web: [linea105xtantos.es](http://linea105xtantos.es)
- 2 Selecciona en el mapa la provincia de **ALBACETE**
- 3 Completa el formulario de inscripción
- 4 Después contactarán contigo para indicarte el día, hora y punto de encuentro contigo para indicarte el día, hora y punto de encuentro de inscripción
- 5 Realizarás el siguiente recorrido: Centro de migrantes · P. San Juan Pablo II · Cáritas de San Pablo · Pastoral Penitenciaria · Madrigueras



Carta del Administrador Diocesano

D. Julián Ros Córcoles

# ¡Cristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado el Señor!

La felicitación pascual que hoy nos intercambiamos es, en realidad, la misma con la que los primeros cristianos expresaban —y al mismo tiempo difundían por el mundo— la alegría que brota del Evangelio. Se abre para nosotros la Cincuentena Pascual, tiempo en el que la gracia del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía se desborda en nuestras comunidades como fruto de la Resurrección de Jesús.

Este tiempo adquiere para nuestra Diócesis un significado aún más especial, pues coincide con la ordenación episcopal y el inicio del ministerio como Obispo de Albacete de Mons. Ángel Román Idígoras. El próximo 3 de mayo, a las 11:00 horas, en nuestra Catedral, seremos testigos de la efusión del Espíritu Santo que lo constituirá como sucesor de los apóstoles entre nosotros y, por tanto, como una presencia viva de Cristo mismo: “Los obispos, de manera eminente y visible, hacen las veces del mismo Cristo, Maestro, Pastor y Sacerdote, y actúan en su nombre (*in eius persona agant*)” (Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 21).

La certeza de la presencia real de Cristo resucitado entre nosotros es una consecuencia gozosa de la Pascua. Vivimos con la convicción de que Él cumple su promesa: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos”. Esta certeza ilumina de manera particular nuestro presente y transforma nuestra forma de vivir, abandonándonos con confianza en su cercanía. Así, como

en la noche agitada de la tormenta en la barca, desaparece el miedo, porque “*aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo*” (Salmo 22). Y crece en nosotros la confianza en que no hay problema o dificultad que no se pueda superar, pues “*si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?*” (Rom 8,31).

Y, por supuesto, también ilumina nuestro futuro. Sabemos lo que esperamos y, sobre todo, a Quién esperamos, incluso más allá de la frontera de la muerte. Nuestra esperanza tiene un fundamento firme y razonable en la Resurrección del Señor, que nos ha prometido volver: “*Sí, existe la resurrección de la carne. Existe una justicia. Existe la ‘revocación’ del sufrimiento pasado, la reparación que restablece el derecho. Por eso, la fe en el Juicio Final es, ante todo, esperanza. Una esperanza cuya necesidad se ha hecho aún más evidente a la luz de las convulsiones de los últimos siglos. Estoy convencido de que la cuestión de la justicia es el argumento esencial —o, en todo caso, el más fuerte— a favor de la fe en la vida eterna. La necesidad individual de una satisfacción plena, negada en esta vida, de la inmortalidad del amor que esperamos, es un motivo importante. Pero sólo cuando se une al reconocimiento de que la injusticia de la historia no puede ser la última palabra, se vuelve plenamente convincente la necesidad del retorno de Cristo y de una vida nueva*” (Spe salvi, n. 43).

También nuestro pasado se ve transformado por la luz de Cristo Resucitado. El perdón de los pecados

y la entrañable misericordia de Jesús forman parte esencial del Evangelio pascual: “*Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos*” (Jn 20,22-23). No estamos condenados a nuestro pasado: siempre es posible una vida nueva. A través del perdón, recuperamos la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Aquel que ha vencido al pecado y a la muerte nos hace partícipes de su victoria: “*¿Dónde está, muerte, tu victoria?*”. Y así, “*olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, hacia el premio al cual me llama Dios desde lo alto en Cristo Jesús*” (Flp 3,13-14).

La vivencia, el anuncio y la experiencia de esta vida nueva constituyen el corazón de nuestra misión como Iglesia diocesana. Agradecidos por estos 75 años de historia, confiados en la presencia de Cristo entre nosotros, y guiados por el Espíritu Santo que conduce a su Iglesia, resuena entre nosotros con fuerza el mandato misionero: “*Id y haced discípulos de todos los pueblos*”.

María, que acompaña la vida de la Iglesia, nos alienta en este momento de nuestra historia. Que Ella —que desde la creación de nuestra Diócesis ejerce su patronazgo con el dulce y cercano título de **Nuestra Señora de los Llanos**— haga crecer en nosotros la esperanza y la eficacia del amor que nace de la fe en su Hijo resucitado.

